

CANTO DE FRONTERA D

LA admiración y el encono suelen coincidir en su persecución de los hombres ilustres; uno y otra se emulan en acumular palabras, y no es infrecuente que acaben por olvidarse del tema de sus contradictorias atenciones. Todos propendemos a entender lo que leemos del lado de nuestras filias o de nuestras fobias y casi todos tendremos que dar cuenta rigurosa de las veces en que empujamos las opiniones ajenas hasta hacerlas coincidir con las nuestras, apresurándonos a identificarnos con ellas, o, por el contrario, de las ocasiones en que las enfilamos contra el muro de las contradicciones para concedernos el placer de ejecutarlas sin piedad como enemigos. Antonio Machado protestó de antemano contra semejante dilaceración de la poesía en afirmaciones y negaciones, y, no contento con ello, sostuvo la validez de la duda, y, más aún que la de la duda, la de la pregunta: «Se es poeta —comentaba sardónicamente Juan de Mairena— por lo que se afirma o por lo que se niega; nunca, naturalmente, por lo que se duda. Esto viene a decir —no recuerdo dónde— un sabio, o por mejor decir, un *savant*, que sabía de poetas tanto como nosotros de caparinas» (Juan de Mairena, I, 111, Losada, 1957). Y años más adelante: «A mi juicio, es poeta también, y sobre todo, el que pregunta» (Ibidem, II, 165).

Por mi parte, pienso modestamente que si nos situáramos ante Antonio Machado como ante el hombre y poeta que fue, de talante sobre todo socrático y cristiano —si por una y otra calificación entendemos el querer ser predominantemente *no dogmático* y *desprendido*—, lograríamos aproximarnos con muchas más probabilidades de acierto a lo más inquietante de su obra poética, tanto en verso como en prosa. Fue él mismo, en efecto, quien nos dejó dicho, por boca de Juan de Mairena: «Quien dialoga, ciertamente, afirma a su vecino. (...) Pero no basta la razón, el invento socrático, para crear la convivencia humana; ésta precisa también la comunión cordial, una convergencia de corazones en un mismo objeto de amor. Tal fue la hazaña del Cristo...» (Ibidem, I, 72). Observemos de paso, contra las suspicacias «católicas» frente a semejante aproximación y complementariedad entre Sócrates y Cristo, que fue nada menos que San Justino el primero en ponerlos en estrecha relación al emparejarlos en su lucha contra los falsos dioses, contra los «ídolos» o falsas imágenes de lo divino, contra el absolutismo del dogma humano, en suma, y en su



Retrato de Antonio Machado, original de Rafael Peñuelas, que se conserva en la casa-museo del poeta en Segovia. Fue realizado por el pintor en su época de estudiante, en 1923, cuando Machado era profesor del Instituto de esta ciudad castellana.

condena y muerte como ateos (cfr. *Apología*, I, 5).

Su socratismo y su cristianismo —mutuamente embebidos, que no sólo yuxtapuestos ni sustituyéndose el uno al otro por años o por etapas de su vida— podrían explicarnos más cumplidamente que cualesquiera otras perspectivas su apego simultáneo al escepticismo y a la fe. Así, cuando —siempre por Juan de Mairena— escribía: «Que el ser

que constituye una creencia verdadera... es la casi imposibilidad de creer otra cosa, su hondo arraigo en nuestra conciencia» (Ibidem, 109). No siempre ha sido tenida suficientemente en cuenta esta dialéctica machadiana, tanto poética como filosófica, que le llevaba irremediamente a creer en su escepticismo hasta dudar también de su propia duda y a sentirse escéptico en medio de su fe, distanciándose de ella

Francisco Pérez Gutiérrez

y el pensar no coinciden ni por casualidad es una afirmación demasiado rotunda, que nosotros no haremos nunca. Sospechamos que no coinciden, que pueden no coincidir, que no hay muchas probabilidades de que coincidan. Y esto, en cierto modo, nos consuela. Porque —todo hay que decirlo— nuestro pensamiento es triste. Y lo sería mucho más si fuera acompañado de nuestra fe, si tuviera nuestra íntima adhesión. Eso, ¡nunca!» (Juan de Mairena, II, 43). Y más adelante: «Lo

quizá por miedo a perderla: «Nunca estoy más cerca de pensar una cosa que cuando he escrito la contraria» (*Los complementarios*, Losada, 1957, pág. 16).

Por todo ello no me parece que acabe de estar en lo cierto S. Serrano Poncela al sostener, después de haber subrayado con exactitud la preponderancia —«una cierta acentuación», me contentaría yo con decir en forma más moderada— de los valores éticos sobre el resto de los valores vitales como parte de la he-

rencia institucionista en Machado, que éste no hubiese sido nunca una conciencia religiosa profunda, y atribuir a un proyecto peninsular de encuadramiento de los hombres del 98 en un sistema ideológico-político los intentos de encontrar en el poeta el manantial de una creencia religiosa soterrada. (Esto se escribía desde el exilio, en 1954). Como juzgo exagerada la afirmación de A. Sánchez Barbudo —en medio de un contexto crítico que considero como de lo mejor y más penetrante que se haya escrito sobre Machado— de que Abel Martín había eliminado a Dios.

Una cosa sí está clara, y es que Machado no se tomó poco ni mucho trabajo por coincidir en sus expresiones religiosas con las formas de la ortodoxia; se adelantaba a tenerse a sí mismo por «hereje», a sentar de modo inequívoco su entredicho de la teología admitida. Si a lo dicho se añaden sus desdenes hacia los «corazoncitos de Jesús» y la «España de Frascuelo y de María» —jese espléndida primera carta a Unamuno, recogida en *Los complementarios*, con todo su dolor por la irreligiosidad ambiente!—, ya no habrá lugar a dudas sobre su distanciamiento de lo católico español. ¿Pero, por qué? ¿Por viejos desteñimientos jacobinos, por lecturas racionalistas, por nada menos que determinado antisemitismo, como el que alguien le ha atribuido en páginas mal pensadas y peor escritas, relacionando con Maurras lo que habría de aproximar a Renan, y juzgando malamente como rechazo de la Biblia lo que con mejor acuerdo se impone considerar como afirmación de la singularidad y novedad de la revelación del Cristo: «Sólo hay un Padre, padre de todos, que está en los cielos?»

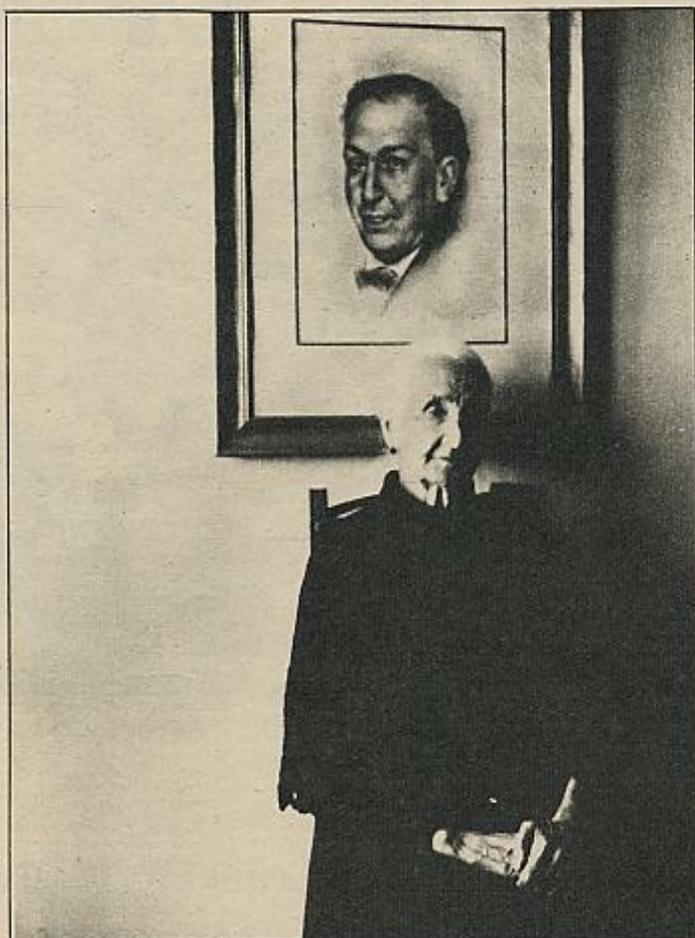
A propósito de la irónica zarabanda que en Machado, tanto en el verso como en la prosa, parecen estar a punto de danzar el Ser y el No Ser, Dios, el Mundo y la Nada, la mujer inventada y el prójimo heterogéneo, se ha trazado una vasta genealogía cuyas pistas él mismo nos había dado: los presocráticos, Platón, Spinoza, Leibniz, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Husserl, Scheler, Heidegger... Yo sugeriría un eslabón, que en buena fraseología machadiana habría de denominarse *apócrifo*, puesto que no sólo Machado no sospechó de su existencia, sino que propiamente hablando no existió, aunque tendría que haber existido. Me refiero a la sorprendente coincidencia de lenguaje y fondo de pensamiento —intuiciones— entre Antonio Machado y los místicos, y no cualesquiera místicos —es sabida su inclinación, cuando menos simpática, hacia Teresa de Jesús—, sino en particular el

DE ANTONIO MACHADO

maestro Eckhart. Claro que no hay indicio alguno de que nuestro poeta leyera a Eckhart, pero también se excluye hasta la posibilidad de que Eckhart leyera a Sankara, ni aun tuviese la más remota idea de que hubiera existido. Y sin embargo, ahí está el clamoroso parecido, la impresionante coincidencia, puestos de relieve por Rudolf Otto en su libro *Mística de Oriente y mística de Occidente*, y admitidos por todos los estudiosos (cfr. Giuseppe Faggin, *Meister Eckhart*.)

Este artículo de homenaje se volvería aún más endiablado de lo que quizá está saliendo, si tratara de indagar a fondo hasta dónde conduce esta al parecer no sospechada «galería» de Antonio Machado, pero no cabe renunciar a algunas citas que acrediten que el tema propuesto es algo más que hablar por hablar. En el maestro Eckhart encontramos cosas como éstas: «Todas las criaturas son una pura nada. Yo no digo que sean insignificantes, o que son cualquier cosa: son una pura nada». Y Giuseppe Faggin glosa: «Su naturaleza de cosa creada consiste "en un continuo fluir y devenir", ella es en cuanto no es y deviene; su ser puede definirse sólo como deseo o impulso hacia el Ser, como relatividad y referencia a otra cosa, es decir, como temporalidad y duración.

»En cuanto es, la criatura está en Dios, es decir, en el Ser, y su ser es Dios; en cuanto es determinada criatura, distinta y opuesta a otras criaturas, no es, porque su devenir es un perenne morir y estar en relación con la nada. Por tanto, la criatura, como tal, es inquietud y deseo, que se aplaca sólo en la posesión del ser, fuera del cual "todas las cosas son inquietas. Todas las cosas comen porque son, tienen hambre porque provienen de otra cosa". El Ser de Dios es quietud; lo divino en la criatura es aspiración al ser» (obra citada, 148). ¿No se contienen aquí dos fundamentales ideas de la metafísica poética machadiana: la de Dios creador de la nada y la de la heterogeneidad del ser? Por lo demás, pertenece también al acervo de la especulación eckhartiana la idea del agotamiento del ser solipsista, intuición recurrente en Machado: «El amor de sí mismo —había escrito el místico alemán— o de la criatura es universalmente la raíz y la causa de todo mal, de la carencia de todo bien o perfección universal... En efecto, como todo lo que es bueno para el alma y para toda criatura proviene de afuera, de lo ajeno, no de sí mismo; el volverte sobre sí mismo es volverse sobre las tinieblas o sobre la nada, que no tiene nada de luz ni de bondad».



Doña Luisa Torrego, a los noventa y tres años. Doña Luisa, que murió hace tres años, cuidaba del poeta en su época de catedrático en el Instituto de Segovia.

Que no se piense que intento extremar paralelismos o coincidencias; sólo se trata de llamar la atención sobre lo que pudiera llamarse resonancia mística, o mejor, *momento místico* en el talante y el pensamiento machadianos. Místico quiere aquí aludir a esa misteriosa pero realísima capacidad para divisar el Ser a través de la transparencia de los seres, adelgazados en su limitación hasta volverse nada, literalmente nada, traspasados por lo ilimitado y lo absoluto, en lo que no se acaba de creer, pero que impide a su vez hacerse demasiadas ilusiones sobre la dosis de realidad que asista a cuanto no es ilimitación y absolutéz. «Todas las criaturas —dijo bellamente Eckhart— tienen apuro por llegar a su más elevada perfección; todas huyen de su propia vida hacia su esencia...» Algo parecido debió de querer decir el poeta al cantar:

*Por todas partes te busco
sin encontrarte jamás,
y en todas partes te encuentro
sólo por irte a buscar...*

En alguna parte del escueto y limpio libro con que José María Valverde ha madrugado a la celebración del centenario de Antonio Machado, nos dice aquél que el lenguaje de éste tiene un algo como de ropa de segunda mano, la propia del pobre de recursos, y más aún, del descuidado y del olvidado de sí mismo. No sólo el lenguaje; las imágenes, las ideas, todo se inscribe en amplios círculos tradicionales, todo le llega de alguna región ajena y, a veces, lejana. De Antonio Machado puede decirse con toda exactitud lo que Pedro Salinas demostró de aquel otro poeta prédilecto: de Jorge Manrique: que no tiene nada suyo, salvo lo que es él mismo. Dicho en términos machadianos: en él pueden aislarse perfectamente las voces de los ecos; los ecos pueden enumerarse uno por uno, pero la voz es suya, y nada más que suya.

Desde aquellos años de la posguerra, en que éramos adolescentes, muchos «españolitos» nos

hemos sentido siempre acompañados por aquellos sabidos versos en los que el poeta se comparaba con un perro olvidado y con un niño perdido, y al final de los cuales, en medio de una imaginaria todavía postromántica y modernista, emergía la queja —aún no era protesta— infinita:

*Siempre buscando a Dios entre
[la niebla]*

En verdad no era sólo Dios lo que buscaba; eran también las claves del ser, el tiempo, la mujer ausente, el otro —el prójimo y el lejano—, la soledad, la muerte, con frases en las que hemos visto una y otra vez a la lógica dejarse los dientes. Nuestras predilecciones de madurez se dirigen en línea recta a los poemas últimos: *Siete*, *Muerte de Abel Martín*, *Otro clima*. Son himnos de peregrinación, cantos de frontera: Dios lo es de la distancia y de la ausencia, la copa de sombra está bien colmada, el corazón nunca lleno, la razón esculpida en la fe; cuando Abel Martín va a morir, la distancia y la ausencia se hacen presentes en su propio corazón; la muerte quiere sonreír y no sabe; los ojos de Dios parece que no miran...

El último verso de su obra poética llega hasta nosotros con su terrible y enigmático resplandor:

*Y el rayo de un camino en la
[montaña...]*

¿Se trata de una esperanza metafísica, o de un presagio de su último viaje hacia la frontera de Francia y hacia Collioure, donde habría de estar —¿por cuántos años todavía?— *su tierra*? Desde luego se trata de una imagen en la que algo parece querer salvarse de la universal destrucción. Pero no hay que hacerse ilusiones en medio de las celebraciones de un centenario: Antonio Machado, si no es un poeta maldito, al menos es un poeta condenado. Fue primero el místico de una edad escéptica, y luego afrontó el desprendimiento de todo en medio de un tiempo de exaltación: el Antonio Machado de la guerra civil no agradó a los unos ni a los otros. Todos se hubiesen puesto de acuerdo para condenarle, como se pusieron de acuerdo los teólogos en la condena de Eckhart, atribuyéndole haber dicho que «Dios se glorifica en aquéllos que no se preocupan del dinero, ni de los honores, ni de la utilidad, ni de la devoción interior, ni de la santidad, ni del premio, ni del reino de los cielos, sino que han renunciado a todo esto, inclusive a lo suyo» (tesis VIII, de las 28 que fueran condenadas del maestro Eckhart). ■